

ESTILO DE VIDA Y FAMA

Aquella persona tenía fama de solitario.

Los mil recodos por los que pasa la vida le habían dejado en solitario.

Muchos opinaban que aquello era lo que más se adecuaba a su personalidad.

Su fama se apoyaba en la realidad de su vida.

La inmensa mayoría de sus años habían transcurrido, para él, desde una actividad en solitario.

Mirado desde fuera era dable pensar que tal estilo de vida era lo que más se amoldaba a su condición.

Su fama de solitario no era producto de infundados supuestos sino un contemplar su estilo de vivir la vida.

No, no era un autosuficiente ni un superhéroe. Era, simplemente, una persona que, por más que pudiese llevarse relativamente bien en la relación con algunos mucho mejor se desempeñaba desde su condición de solitario.

Solamente él sabía cuánto le pesaba esa soledad.

Sin duda que no hacía mucho por revertir esa fama que se había ganado pero, también, había aprendido a sufrir en silencio las consecuencias de esa fama.

En algunas oportunidades, en esos momentos raros en los que dejaba aflorar su interior, había llegado a afirmar que él era sabedor de lo mucho que solía doler la soledad.

Nunca habría dicho que esa soledad dolorosa era la que él vivía pero aquella experiencia solamente podía tener, como fundamento, su propia experiencia.

Cualquiera podía darse cuenta que esa, su condición de solitario, debería haberle resultado, en muchos momentos, una carga muy dura de sobrellevar.

Es que no se requiere de mucha experiencia de vida para saber que cualquier carga es mucho más llevadera cuando se puede contar con alguien para compartirla.

No es que buscarse trasladar sus responsabilidades a otra persona pero, sí, saber que no todo el peso de sus determinaciones caía sobre sus hombros por más que fuese el único responsable de sus determinaciones.

Solamente él sabía con plena certeza de que, si bien las vueltas de la vida lo habían dejado en soledad, no era un solitario.

Sus muchos años de solitario le iban marcando y, era plenamente consciente, tal hecho iba dejando en él una huella que no sería muy fácil de borrar.

Cada tiempo que pasaba era más, mucho más, lo que mascullaba en solitario que lo que compartía por más que, siempre, sintiese la necesidad de compartir para no aislarse en sus calles interiores.

Un día alguien compartió un trozo de su camino. Un trozo pequeño, un trozo muy breve. Pero aquel hecho significó muchísimo para él.

“Siempre que quieras hablar, sabé que podés contar conmigo”.

Se había sentido escuchado y reconfortado pero igualmente manifestó: “No tengo derecho.....”

“Tenés todos los derechos comprados” fue lo que recibió como corolario a sus palabras.

Volvió a quedar en solitario pero..... un viento impetuoso había comenzado a soplar en su vida.

¿Reconocimiento? ¿Gratitud? ¿Ternura?.

¡Vaya uno a saber cómo se podría definir lo que experimentaba!. Quizás ni él pudiese definir toda la tormenta que aquellas palabras estaban causando en su interior.

Era una lucha interior muy intensa porque conservar aquellas palabras era como romper con un estilo de vida con el que se había mimetizado por más que mucho lo sufriera pero ignorarlas era no volver a experimentar esa extraña y gozosa sensación.

Le vi alejarse con toda su carga de tormenta interior a costas sabiendo que no podría ayudarle a resolver su dilema porque se había refugiado en su fama de solitario por más que tuviese la certeza de que, en aquel solitario, algo se estaba comenzando a romper.

Su estilo de vida se había cimentado en la soledad y le costaba dar algún paso que le dejase romper con aquello que le había construido la fama que sobre él se había tejido.

Le gustaba su estilo de vida y le agradaba lo que comenzaba a experimentar

Padre Martín Ponce de León S.D.B.